

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	3 50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Semestre.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	2 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.

El Motín

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si el pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

UN ANIVERSARIO

Sr. D. Ceferino Arana.

Madrid.

Muy Sr. mío y amigo: Me felicita V. el día 10 del actual, por ser el duodécimo aniversario de la fundación de EL MOTÍN.

Le agradezco mucho su atención y el que así me haya dado pretexto para envanecerme públicamente de las campañas sostenidas en los años transcurridos desde la publicación del primer número.

Leo éste, abro después la colección de cualquier año por cualquier parte, y me encuentro con lo mismo, algunas veces hasta con iguales palabras; y esto me enorgullece.

Empecé combatiendo las faltas y los vicios del clero, y combatiéndolos sigo, por más que una nueva corriente anticatólica haya creado un fanatismo frente al otro, y esterilizado en parte la de negación que yo seguía, única, á mi juicio, que puede producir resultados favorables á la causa del progreso.

Combati desde luego á Castelar, y ya ve usted dónde se halla hoy; á Pi por tirar siempre á desunir, y desuniendo continúa; á Salmeron por fluctuar constantemente entre la revolución y la evolución, y lo mismo sigue.

Llegó el momento de cerrar contra los monárquicos, y la campaña de EL MOTÍN en 1884 y 85 ha dejado memoria.

Cuando el marqués de Santa Marta inició la única coalición democrática y popular que se ha hecho en España, lo secundé, y acentué mis ataques á los jefes que la combatieron precisamente por ser popular y democrática.

He contribuido algo... ¿qué digo algo? ¡fuera modestia! he contribuido mucho á que la opinión republicana se imponga á los jefes y les haya obligado á pactar la coalición hoy en turno.

Queda un punto por tocar: mi actitud respecto al Sr. Zorrilla. Voy á explicársela á usted.

Mientras creí que, no sólo simbolizaba la revolución, sino que la quería firmemente, lo defendí. ¿Como? Que se lo pregunten á cuantos lo combatían entonces, y contestarán que sin tregua ni reposo: que se lo pregunten á él, y dirá que noble y desinteresadamente. Por no pedirle, ni siquiera le pedí nunca que recomendase EL MOTÍN á sus amigos.

No lo conocía personalmente. Fui á París, estuve un día, hablé con él, y quedé encantado: todo lo que me dijo respondía á lo que yo pensaba. El Sr. Zorrilla posee, como pocos, el arte de cautivar en la primera entrevista; así es que no me extraña que tenga todavía partidarios ciegos.

Volví á verle al poco tiempo, tuve necesidad de estudiarlo, y ya me resultó otro hombre. No obstante, y él lo sabe, continué secundándole lealmente, hasta que llegó un día en que debí separarme de su lado, y lo hice.

Sucesos posteriores, previstos por mí, entre ellos el paréntesis, me obligaron á combatirle, sin traspasar los límites del respeto y la consideración. Respondieron sus fanáticos atacándome con armas indignas; la morrala que bulle y grita en todos los partidos y que para nada sirve sino para el relleno, se vengó de la envidia que le producía el ver que yo, sin haber sido nunca progresista, merecía la confianza del señor Zorrilla, y coreó las calumnias elaboradas en círculos viciosos. Se hizo á EL MOTÍN guerra incesante; influyeron con algunos de los co-

responsales para que dejasen de venderlo; en fin, no perdonaron medio de combatirme.

Consecuencia de esto: que para contestar á sus ataques apreté en los míos, y para desvanecer su palabrería fundamenté mis cargos, y cogimos en medio al Sr. Zorrilla, y él pagó los vidrios rotos. Hay muchas cosas que de seguro no hubiera yo dicho si no me veo precisado á ponerme en estado de defensa. Las injusticias despiertan la indignación, y la indignación tiene un lenguaje propio que usa siempre que se pone al servicio de la verdad.

¿Han logrado algo los que me atacaron?

Nada en lo importante, pero sí en lo secundario. Hay en los partidos avanzados muchos hombres de buena fe, que toman por oráculo á cualquier busvidas, mala levadura de la que no es posible prescindir, y que ven por sus ojos y hablan por su boca; y algunos infelices cayeron en el lazo. La mayor parte de las cartas en que se daban de baja en la suscripción, revelaban que cedían á exigencias de este ó aquel caciquillo republicano; algunos lo decían claramente.

Lo que me hizo más gracia de todo, fué ver la prisa que se dieron á desaparecer de esta redacción los que constantemente estaban en ella adulándose bajamente y considerándose ¡tontaines! el hombre providencial venido al mundo expresamente para ayudar al Sr. Zorrilla en su obra redentora (?) Sobre este punto hablaré algún día que esté de buen humor, citando hechos y nombres, en unas cartas que se cruzarán entre Don José, el hombre de experiencia, y Pepe, el entusiasta é impresionable.

En los primeros momentos de aquella dispersión, tuve la debilidad de decirme: «Pues que ¿no valgo nada por mí? ¿Necesito, como ellos, que me dé sombra nadie, para tener una personalidad, chica ó grande, pero propia? No. Y diré más. Si tuviera que elegir entre un hombre como yo, que se considera muy pequeño si se juzga, pero que se cree un gigante cuando con otros se compara, el Sr. Zorrilla, como los demás jefes, no vacilaría: optaría por mí. Sabe que soy tan buen amigo como buen enemigo, y que no pienso en lo que personalmente me conviene cuando de los intereses del partido se trata.»

Todo esto, de un orgullo insoportable, me dije en los primeros instantes; más pronto me repuse y exclamé con el desden que el acto merecía: «Siguen su instinto. Las ratas abandonan las casas que amenazan ruina; ellos al hombre que creen abandonado.»

¿Que error el suyo! Jamás queda abandonado el hombre que cuenta consigo mismo, que tiene una voluntad que poner al servicio de sus ideas, y medios para que esas ideas lleguen á los demás. Y si alguna vez hubiera dudado de esta verdad, tendríase que arrepentirme hoy al ver que, á pesar de los pesares, cuenta todavía EL MOTÍN con un número de lectores que para ellos los quisieran, como ya he dicho, la mayoría de los periódicos diarios; lectores que, aun sabiendo que no cedo á la pueril y ridícula vanidad de publicar las cartas en que me alaban, me escriben á menudo aprobando cuanto hago y digo; lectores que, como usted, Sr. Arana, me felicitan el día de la fundación de un periódico que no cedo á ninguno en honradez, intención recta y amor á la República, y supera á la mayoría en lo de no mirar nunca lo que puede perder cuando la causa que defiende puede ganar algo; periódico en el que no borraría una letra de cuanto he escrito, por que no he escrito en mi vida ni siquiera una contra mis convicciones; periódico que se hará diario el día que

la República venga, para contribuir á que el personalismo no la mate como la mató el 73; periódico que todos los partidos y todos los hombres importantes han elogiado á turno, lo cual prueba que todos reconocen que dice la verdad cuando no se la dice á ellos; periódico, por último, que tiro por la ventana siempre que hay que combatir la reacción, defender la patria, impulsar á los jefes á la unión, ó trazar de antemano el camino que debemos seguir para traer y consolidar lo que amamos.

Hoy este periódico está empeñado en que regrese el Sr. Zorrilla á España, por creer que su misión ha terminado en el extranjero, y que su presencia aquí determinaría un gran movimiento en la opinión republicana, y tiene la satisfacción de saber que los hombres más importantes del progresismo van opinando igual, por más que no se atrevan todavía á decirlo públicamente. El día que tal ocurra, habrá ganado EL MOTÍN una nueva batalla.

Y á propósito de esto.

Hace pocos días encontré en la calle á un amigo mío, partidario del Sr. Zorrilla, y al tocar esta cuestión, me dijo que estaba conforme con las razones que yo daba para que volviese, pero que él no debía hacerlo, porque al poco tiempo de estar aquí sería uno de tantos.

¿De modo—le repliqué—que tiene usted la idea de que el Sr. Zorrilla, después de su destierro, de su estancia en París y de la experiencia adquirida, se convertirá en uno de tantos en el instante que lo vean de cerca? He aquí un argumento que no se me había ocurrido para pedir su vuelta. Si es uno de tantos ¿qué garantías puede ofrecernos para el día de mañana? La República, para salvarse, necesita hombres excepcionales; si él no lo es, según usted dice ¿á que nos estamos engañando? ¿O es que el Sr. Zorrilla sólo puede producir efecto y ser admirado desde lejos, como las decoraciones de los teatros? ¿Es acaso como ese cielo azul que todos vemos, que ni es cielo ni es azul?

Pero me separo del objeto que me propuse al escribir esta carta, y voy á terminar, Sr. Arana, rogando á V. que sirva de intérprete de mi amistad y mi cariño con los miles de lectores que aún le quedan á EL MOTÍN, y que de un par de meses acá, por la natural y lógica reacción que sigue á todas las injusticias, han aumentado bastante, volviendo muchos de los que se habían retirado por creer que mi campaña retrasaba el triunfo de la República. Cuando pase el tiempo, y vean que nada se hace, acabarán de convencerse de que he dicho poco todavía.

Siempre de ellos y de usted afectísimo seguro servidor.

q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS.

UNA OPINIÓN

Encuentro en la actual Juventud Republicana ilustración, talento y entusiasmo, pero escasa originalidad y poca iniciativa.

Esa Juventud, á la que por la fuerza indeclinable de los hechos ha de corresponder un día la dirección de los negocios públicos; esa Juventud, llamada á luchar de frente con pavorosos conflictos políticos y sociales, no se ha delineado todavía con la enérgica precisión de los organismos que han de tener vida propia y vigorosa.

Al entrar en la escena política se ha encontrado

EL MOTIN



El que perdonaba.



Los que no perdonan.

con cuatro agrupaciones republicanas, la posibilista, la centralista, la progresista y la federal, y se ha ido adhiriendo á unas y otras sin preguntarse una vez siquiera si todas ellas tenían razón de ser en las exigencias indeclinables del pensamiento, ó se derivaban principalmente del hecho mezquino de existir cuatro jefes de grandes méritos personales y de extraordinarios prestigios, que ya por dignidad, ya por amor propio, ya por altivez, no habían de consentir fácilmente en someterse unos á otros.

Miro como un deplorable síntoma esa tendencia de los jóvenes de hoy á dejar las cosas como las encuentran, y á abstenirse, como de un delito, de marcar con su sello personal las ideas y los procedimientos que hallan aceptados como artículos de fe al entrar en la vida pública.

No procedieron así nuestros padres. Fueron turbulentos, rebeldes, indisciplinados. Temían la nota de sumiso como una afrenta. No se conformaron con el modo de ser de los partidos que existían en su tiempo; cambiaron el moderado en conservador, el progresista en democrático, el democrático en republicano. Parecían afanosos por demostrar á la luz del mundo que tenían ideas propias y fuerza para realizarlas; ensancharon los horizontes de la política y lograron plantear problemas que hubieran parecido temerarios á sus antecesores. Ni la edad, ni el prestigio, ni los grandes servicios de estos fueron motivos bastantes para que los jóvenes de ayer se creyeran obligados á caminar servilmente por la senda que les habían trazado: prefirieron abrir por sí otras nuevas. Los hombres que hoy figuran á la cabeza de las agrupaciones republicanas fueron en su juventud grandes perturbadores de sus partidos. Hoy, aun cuando se sientan halagados por el culto que les profesan los jóvenes y por la sumisión incondicional de éstos, no podrán menos de decirse en su interior que la generación actual vale menos que la suya.

Y no es ciertamente que los jóvenes de hoy no tengan que llenar una misión de incomparable grandeza. Ellos son el porvenir de la patria. Tomen la herencia de Pí, de Salmerón, de Zorrilla, de Castelar, de Figueras; pero á beneficio de inventario.

Aprovechen lo que hay de grande, de puro, noble y luminoso en las predicaciones y en los hechos de estos hombres ilustres; rechacen sus animosidades, sus prejuicios, sus rencillas, sus estrecheces de criterio, sus exclusivismos de jefatura. La nueva generación no tiene para qué hacerse solidaria de los odios y preocupaciones de la que pronto ha de ser borrada del mundo de los vivos.

Toca á la juventud republicana desautorizar la idea de que forzosamente hayan de existir cinco, cuatro ó tres partidos dentro de la República, pues con las mismas razones que se invocan para sostenerlos, podría defenderse la existencia de mil agrupaciones distintas. Corresponde también á esa juventud borrar las barreras artificiales y salvar los abismos que móviles puramente personales han colocado entre unos republicanos y otros. Tiene el deber de buscar por sí soluciones á los problemas que no ha podido resolver la generación pasada, y ha contraído el compromiso de honor de probar que hay en su seno algo más que sectarios de este ó del otro hombre insigne, que cuenta con elementos independientes, capaces de traer á la vida política puntos de vista nuevos.

Se dice, con razón, que la enfermedad moral de nuestra época es la tisis del alma; la falta de energía. Yo quisiera ver grandes caracteres en la juventud republicana. Llegaría así en breve tiempo esta juventud á ser más fuerte que todos los partidos, en vez de limitarse, como hoy, á copiar en pequeño sus propagandas, sus luchas y aun sus rivalidades.

ENRIQUE VERA Y GONZÁLEZ

EjemPlo que imitar

Leo en un colega:

«El teatro Español cierra sus puertas.

A pesar de los esfuerzos hechos por el señor Vico, los continuos fracasos de las obras estrenadas y el total abandono del público, obligan á nuestro eminente actor á tomar aquella sensible determinación, de la que ya he dado cuenta al presidente de la comisión de espectáculos del Ayuntamiento.

No me extraña esto. En el teatro donde se representan comedias, como en el de la política, como en el del arte, como en todos, sólo viven y medran hoy las medianías. A mayor mérito más abandono por parte del público.

Vico es el primero de nuestros actores; no pecaría de injusto diciendo que el único. Es natural, por lo tanto, que no vayan á verlo los que aplauden las piruetas de los comiquillos por horas, sus contorsiones impúdicas, sus pasos cancanescos.

Mas no es de esto de lo que quiero hablar, sino de la decisión lógica y prudente adoptada por Vico, al ver que, á pesar de sus esfuerzos, las obras estrenadas han fracasado: retirarse del teatro Español.

El, con toda seguridad, tiene conciencia de lo que vale, y sabe que si le ayudaran los autores y el público, regeneraría el arte dramático; pero ante el abandono total del público, prescinde de su amor propio, de lo que ha hecho, de lo que podría hacer, y deja ese escenario para trabajar en otros.

Siendo el teatro, como se asegura, escuela de las costumbres, yo celebraría que adoptaran ésta todos los políticos que, á pesar de sus esfuerzos, vieran fracasados sus propósitos, por rectos y levantados que fuesen.

Y en tal sentido, creo que el Sr. Zorrilla estaba en el deber de dejar el escenario de la emigración y venir á trabajar en el de la patria, ya que, á pesar de sus esfuerzos, los movimientos intentados han sido continuos fracasos, y el pueblo y el ejército lo han abandonado casi totalmente.

Venga, pues, aquí; forme una unión verdad, como Vico formará ahora una compañía, y á cosechar gloria.

Lo mejor y lo más justo hubiera sido, indudablemente, que el público premiase los esfuerzos de Vico y el pueblo secundase los del Sr. Zorrilla; pero ya que no es así, váyase el primero á trabajar á provincias, y vengase á España el segundo, que ambos podrán alcanzar, lauros el uno, y el otro aplausos de la opinión, amen de prestar servicios á la patria y á la República.

J. N.

EL DIBUJO DE HOY

Entre la tumultuosa gritería de la turba judía fue del sol extinguiéndose la lumbre, y, cual la luz solar, agonizaba Jesús, que se encontraba en una cruz del Gólgota en la cumbre.

Lívido, desangrado, casi yerto, ya más que vivo, muerto, cual si los pocos restos de su vida que había por los hombres inmolado, por su herido costado procurasen buscar pronta salida.

Dirigió al firmamento una mirada triste y amortiguada, mas llena de piedad y de clemencia, á su padre rogándole que fuese magnánimo, y tuviese para con sus verdugos indulgencia.

Padre mío — exclamó — son mis hermanos, y por más que inhumanos en mí su sed de sangre satisfacen, sólo perdón para su culpa ansío. Perdón, oh padre mío! Perdónalos, no saben lo que hacen!

Eso dijo Jesús; mas un prelado de la frase olvidado, y del que quiero hasta olvidar el nombre, ha poco, demostrando instintos nuevos, sintió vivos deseos de arrebatarse la vida á un pobre hombre.

Y dirigió al efecto á cierta dama extenso telegrama, poco caritativo y menos culto, para que á un reo, á muerte sentenciado, le fuese denegado el supremo recurso del indulto.

Dígame ahora el lector, en confianza, si encuentra semejanza entre ese pastor fiero y sanguinario, y el dulce y amantísimo cordero que expiró en un madero otorgando perdón sobre el Calvario.

J. G. L.

PALOS Y PEDRADAS

Los concejales republicanos se han retratado en grupo. No sé si sería á la misma hora que un albañil de setenta y dos años se cayó de un andamio y murió, por no estar resuelta aún esta importante cuestión en el ayuntamiento, cuestión contra la que tanto han declamado antes y de que tan poco se han ocupado después.

No debía pasarse una sesión sin que los republicanos pidiesen que se indultara de una vez, y para siempre, á los infelices condenados á la última pena por la insaciable codicia de los propietarios, la criminal conducta de los arquitectos y el incalificable desdén de los concejales. Y luego querrán que las clases obreras les den su voto!

El alcalde y segundo teniente de idem de Tudela de Duero acompañaron á postular de puerta en puerta al

predicador que actuó en el pueblo durante la última Semana Santa.

No está mal eso de que los que debían prohibir la mendicidad en todas sus formas, ayuden á favorecerla. Es como si la guardia civil acompañase á los que persiguen en las faenas de su oficio.

Se me olvidaba decir que el citado alcalde es republicano, ó empuña la vara por elección de algunos republicanos inocentes.

Que no es precisamente lo mismo.

Y dicen que dijo el conde de San Bernardo:

«Todo alcalde que vaya al Ayuntamiento á cortar de raíz todos los vicios y corruptelas de aquella casa, es hombre perdido; y en cambio, quien vaya llevando por norma el famoso *laissez faire, laissez passer* de los franceses, puede eternizarse en aquel sillón.»

Ya el de Cubas de igual modo sentó idéntico principio: Hay que huir del municipio ó revolcarse en su lodo.

Hoy, sábado, se publicará el primer número del periódico *El Folletín*.

Le deseamos que, como alguien ha dicho, haga una revolución en el ramo de librería, dando por uno lo que hoy cuesta cuatro.

Una peseta al mes en Madrid la suscripción, y una cincuenta en provincias. Al mes cincuenta y dos pliegos de novelas escogidas, ó sea, ochocientas treinta y dos páginas.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Un guardia municipal de Córdoba notó que un niño y ya aprovechado católico, á pretexto de asistir á la procesión, se guardaba el cirio para llevarse á su casa... ó á la del cerero, y se lo quitó.

—¡Oiga usted!—dijo el padre de la criatura, que andaba por allí también en clase de devoto.—¿Qué tiene de particular que el chico se guarde el cirio? ¿No puede llevarse á casa como una reliquia?

—¡Hombre! Casi tiene usted razón—le contestó el guardia;—pero yo también la tengo para guardar al niño como una buena alhaja.

Y lo llevó á la prevención.

Este chico promete: como Dios le aumente la devoción y su cristiano papá se la fomite, llegará á ser un émulo de San Dimas, antes de la conversión.

En eso, como en todo. hay muchachos precoces.

Predicaba el domingo de Ramos un párroco de la provincia de Málaga contra las novelas y las señoras que las leen, pasatiempo que, según él, pervierte el entendimiento.

En la iglesia había una señorita muy aficionada á tal lectura, y creyendo que el pater la aludía directamente y que todas las miradas se fijaban en ella, sufrió un desmayo.

Hace mal esa señorita en avergonzarse de leer novelas; de lo que pudiera avergonzarse, y con razón, es de leer la Biblia ó los exámenes de conciencia que contienen los devocionarios.

Porque eso sí que hace sonrojar á un guardacantón.

En la hipótesis, nunca admitida, como dicen los forenses, de que un cura pudiese utilizar las maderas de un cementerio para cercar fincas ajenas, aunque á las tablas apareciesen adheridas pelos y trapos de los difuntos, podría defendérselo (¿que causa hay tan mala que no tenga defensa?) podría defendérselo diciendo:

—¿A quien pertenecen los cadáveres de los católicos?

—A la Iglesia y sus ministros.

—¿Y lo que pertenece á esos cadáveres?

—Pues á la misma y á los mismos.

Así al menos opinamos, yo, creo que un cura de Cangas de Onís, y otros eminentes canonistas.

BIBLIOGRAFIA

Por La Oficina de depósitos y canjes de publicaciones del gobierno de la República de Costa-Rica, se nos ha remitido un ejemplar de la obra *Estudios del golfo de Nicoya, de la bahía del Cocos y del Golfo de Culebra por Eusebio P. Fraadín*, obra de gran utilidad para los navegantes por aquellas costas. Agradecemos la atención.

Se ha publicado esmeradamente impresa en un tomo, la 5.ª edición de *La Educación Moral de la Mujer*, por D. Ubaldo Romero Quiñones, obra premiada en la Exposición de Escritores y Artistas con Diploma de honor; de gran interés en estos tiempos por su sana doctrina.

UNA HORA MAS TARDE

NOVELA

por ALFONSO KARR

Precio: TRES pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir esta obra, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.